

“YO NO FUI FUE TETÉ”

Cultura de la irresponsabilidad política de México

FEDERICO ZERTUCHE

En buena parte de las conversaciones sobre el acontecer político mexicano, en "sesudos" análisis y artículos de prensa, en el debate entre políticos, en la opinión pública en general, encontramos un común denominador a la hora de explicar nuestra perenne anomalía como sociedad política: achacar todas las culpas y responsabilidades a una persona, a un grupo, a un partido o a una potencia extranjera, mientras que el resto de los mexicanos (la inmensa mayoría) asumimos el papel de inocentes víctimas.

Tan complaciente postura se repite en las banales cuanto superficiales interpretaciones históricas ya oficiales o sectarias que, amén de su evidente y simplona carga ideológica, no pasan de ser meros recuentos anecdóticos –prejuiciados, desde luego– que no aciertan a ver más allá de los acontecimientos ni tratan de indagar o dilucidar sobre las causas que los han producido, contentándose con repartir las culpas y señalar a "los buenos" y a los "malos" de su película histórica.

Así, los mexicanos nos hemos acostumbrado a lavarnos las manos cuando llega la hora de hacer un juicio en cuanto al balance político de nuestro país: el culpable fue Hernán Cortés y los gachupines que lo acompañaron, fue Joel Poinsett, fue Santa Anna que vendió la mitad del territorio, fueron los conservadores, Maximiliano y los franceses, fue Porfirio Díaz o el traidor Victoriano Huerta, fueron, por turno, Miguel Alemán, Echeverría o López Portillo y, en los momentos actuales, el villano favorito, Carlos Salinas de Gortari y su inefable familia.

Y si queremos extender las culpas un poco más allá de una persona en particular, también tenemos de dónde agarrarnos: la causa de todas nuestras desgracias no puede ser otra más que del nefasto PRI que nos tuvo sojuzgados durante sesenta y cinco años, o en su defecto, el imperialismo yankee.

Hay un mural de Diego Rivera que representa a Hernán Cortés como una figura contrahecha, cuyo cuerpo y rostro muestran a un hombre de avanzada sífilis o presa de fuertes vicios y degradaciones, de risible porte por una enorme joroba que lleva a cuestas, mirada y gesto estúpido queacentúan su estulticia y bajeza humana. Esa fue la justiciera condena que el muralista impusiera al conquistador. Pero, cualquiera se preguntaría: ¿si un sujeto así fue el que conquistó México, cómo serían entonces los mexicanos que sucumbieron ante tamaño engendro?

Tales son las trampas en que suele caer todo maniqueísmo, ya que en sí, cualquier representación de esa naturaleza elude la responsabilidad personal y se cierra dogmática e intolerantemente a cualquier análisis que incluya matices, luces y sombras, graduaciones y perspectivas, contextos y explicaciones que contemplen y expliquen, lo más objetivamente posible, a las partes de determinado fenómeno.

Ejemplos como la representación pictórica de Rivera, que tenía una deliberada intención didáctica e ideológica –por ello hizo murales–, abundan no sólo en la plástica que ha

caricaturizado burdamente y hasta la náusea a los héroes del panteón de la historia oficial o sectaria como super-hombres inmaculados, de cualidades y virtudes excelsas a grado tal que más bien parecen iconografías olímpicas o religiosas que seres históricos de carne y hueso. Mientras que los villanos aparecen con rostros desfigurados, malencarados, de miradas turbias o violentas y siempre perversas.

Tales representaciones, que como ha quedado dicho no sólo pertenecen a la plástica, sino al discurso histórico, ideológico, político e incluso al periodismo, se han permeado en el imaginario colectivo y en la cultura en general (los muñequitos de Salinas), son fehaciente manifestación de nuestro infantilismo, inmadurez e irresponsabilidad política que por vía del relajo, el simplismo o lo que absurdamente se da en llamar el México mágico, nos empujan a escapar alegremente de la realidad y eludir el compromiso político responsable y maduro.

¿Por qué? ¿Acaso Santa Anna declaró y emprendió, el solo, la guerra, primero contra Texas y luego con los Estados Unidos? Y después del Desastre, ¿no fue llamado, aclamado y reelegido en tres ocasiones más como presidente de la República? Tal pareciera que su Alteza Serenísima vivió, actuó y ejerció el poder absoluto en un país despoblado.

Y a don Porfirio se le puede adjudicar similar proeza, que treinta años no es nada. Durante ese lapso, los mexicanos sencillamente hicimos mutis por el foro para que, una vez concluida la tragicomedia, gritáramos a coro ¡Muera el tirano! ¡Vivan las víctimas!

¡Ni lo mande Dios! Ningún mexicano apoyó a Santa Anna ni a don Porfirio. ¡Qué va!, yo ni siquiera los conocía, nunca tuve nada que ver con ellos, jamás fui santanista ni porfirista, ya decía yo que todo terminaría mal, corruptos y tiranos que se han aprovechado impunemente del inocente pueblo, son criminales que nos han sojuzgado, encadenado y amordazado, por eso no progresa México. Miren cómo tienen a los pobres y a los indios.

¡Viva la Libertad! Ahora sí, ya llegó Madero, y con él, la democracia tan ansiada, ha muerto la dictadura y el dictador desterrado. ¡No que no, sí que sí! ¡México, México, México...! Sí se puede. ¡Ala bío a la bao, a la bim born van!, vámonos al Angel y que chingue a su madre el que llegue el último. ¡No que no, sí que sí! ¡Goya, goya... cachún cachún, rrá rrá! Sácate el tequila y de aquí nos vamos a dar el Grito.

¡Ay cabrón, pos qué paso!, ya se echaron a Madero y a Pino Suárez... ¿Cruz con cuál? Y ora tenemos al general ese, ¿cómo se llama? Te lo decía güey, ese chaparrito no sabía nada, ¡quién le manda! Aquí lo que se necesitan son güevos.

¡Vámonos a la Bola! ¿En qué bando? ¡Qué importa! Con los carrancistas, con los villistas, con los zapatistas, con Orozco, con Obregón o diatiro con los pelones, los federales... ¡qué más da! Es la bola, la tómbola y ahí nos tocará a todos, aunque sea un premio chiquito o el reintegro. Y efectivamente, México se convirtió en una tremenda Bola hasta 1928.

En ese año, un fanático religioso, León Toral, estiró el hilo que deshizo la Bola, llevándose de paso al más allá al invicto general Obregón que ansiaba la reelección. Ello precipitó la institucionalidad política del país que, aunque peculiar y nada democrática, trascendía al caudillo e inauguraba una nueva forma de premodernidad fincada alrededor de un partido político surgido de la Revolución, vestida desde entonces con reverencial mayúscula.

Dueña y señora de su incuestionable mayúscula, la imparables Revolución tuvo a bien hacerse partido. El Partido que recogía, canalizaba, repartía, distribuía y monopolizaba el poder revolucionario según su leal saber y entender. Obviamente, los mexicanos corrieron a la búsqueda del tiempo perdido, es decir, para recuperarse y resarcirse de él. Una vez dejada atrás la violencia, nada más natural que pedir justicia a la Revolución.

Legiones enteras de obreros, campesinos, burócratas, la mayoría de la incipiente clase media, burguesías emergentes, empresarios, universitarios, boleros, voceadores, periódicos y periodistas, agricultores y ganaderos, militares, sindicatos variopintos encabezados inicialmente por la CROM y luego por la sempiterna y poderosa CTM, corrieron a afiliarse a cualquiera de los tres sectores del Partido, que como la Santísima Trinidad daba cobijo a todos, con excepción de los herejes, esto es, los contrarrevolucionarios, es decir, los reaccionarios.

Surgieron las ligas de abogados, ingenieros o economistas Revolucionarios, sindicatos oficiales de boleros, boxeadores y luchadores; tablajeros, albañiles y cualquier otro oficio que a usted se le ocurra, los egresados de las carreras universitarias no dudaban en nombrar a un connotado "padrino" de generación (sí, así le llamaban) que fuese, naturalmente, del Partido y ostentase un alto cargo público (el que a buen árbol se arrima...). Vivir fuera del presupuesto es vivir en el horror.

Los empresarios y banqueros no dudaron ni un minuto con quién tenían que habérselas. Muchas veces se convirtieron en socios de la clase política, otras, éstos asumieron también el papel de empresario ya como industrial, ganadero, agricultor, comerciante o en los servicios.

Una vez lograda la tan ansiada paz (militar, política y social), el país acogió de buena gana el esquema que presentaba la nueva clase política y su Partido que hipotéticamente daba cabida a todos. La estabilidad social y política traería por añadidura la económica, como en efecto ocurrió... hasta un momento dado.

Una nueva visión de país nacionalista y orgulloso de sus tradiciones y cultura, despuntaba hacia un futuro promisorio. Así que todos contentos. La política la dejábamos en manos de la Familia Revolucionaria y de su amplísima, incuestionable y creciente base clientelar. Casi nadie chistaba ni hacía reparos por la falta de partidos de oposición, tampoco echaban de menos ni añoraban un sistema democrático. México progresaba en todos los sentidos a ojos vistas.

Voz de la guitarra mía, al despertar la mañana, quiero cantar la alegría de mi tierra mexicana. México lindo y querido, si muero lejos de ti, que digan que estoy dormido y que me traigan a aquí... Jorge Negrete y luego Pedro Infante idealizaron y popularizaron estereotipos mexicanos por antonomasia: el mexicano guapo, macho y bigotón, alegre, parrandero y jugador, entre el campo y la ciudad, charro, ranchero, boxeador, policía o proletario, pero sin cuestionar jamás ni poner en duda al intocable sistema político.

Curiosamente, es difícil encontrar en la filmografía de la llamada época de oro del cine mexicano una sola película verdaderamente crítica, ya no digamos subversiva, contra el sistema político de entonces. La industria del cine también tenía sindicatos afiliados al PRI, no se quedaría atrás.

Y los periódicos, sus dueños, trabajadores, periodistas, sus intereses y economías, no fueron la excepción. Los días de la libertad de prensa, del voceador o de los premios nacionales de periodismo, se convirtieron en actos oficiales que sellaban el maridaje entre prensa y gobierno en medio del jolgorio, los homenajes y los aplausos mutuos. Los embutes, chayotes, subsidios, prebendas, impunidades et al. fueron la sangre que corría por las venas de los medios en general.

Allá en el rancho grande, allá donde vivía... ¡Qué nos importa, si como México no hay dos! Es que no nos entienden, no conocen nuestra idiosincrasia. Hasta De Gaulle mismo alabó nuestro peculiar sistema político y ordenó a sus consejeros estudiarlo para ponerlo en práctica en Francia. Es el México mágico, por eso no nos comprenden y quieren obligarnos

a ser como ellos e importar su sistema político. Muy probablemente se trata de un complot urdido por el perverso imperialismo yankee.

El Señor Presidente declara solemne y enérgicamente que México no importa modelos extranjeros, que no somos ni de derecha ni de izquierda sino todo lo contrario, que a nuestro país no le impondrán geometrías extrañas y que defenderá la soberanía nacional. Acto seguido el Congreso de la Unión emitirá una rabiosa declaración condenando cualquier intromisión ajena a nuestra idiosincrasia. Mas si osare un extraño enemigo.

Los periódicos del siguiente día reproducirán en ocho columnas las declaraciones oficiales, sus editoriales harán eco de la indignación nacional y articulistas al borde del arrebato patrio escribirán sesudos artículos al respecto. Radio y televisión harán lo propio.

El país refrenda su vocación Revolucionaria y su peculiar misión histórica, se organizan marchas, manifestaciones de desagravio que concluyen en magno mitin en el Zócalo ante el balcón de Palacio Nacional donde sale el Señor Presidente a saludar a los patriotas que le aclaman en trance de éxtasis: ¡México, México, Méxicooo...!

—¿Y cuál es tu gallo? —Yo le voy al campeón, que hasta ahora ha sido el de Gobernación. —No te creas, fijate quien dio el discurso en el Monumento a la Revolución el pasado 20 de noviembre, cómo lo abrazó el Señor Presidente y la aclamación que recibió, hasta tu gallo le aplaudió de pie. Y el país entero se abocaba a hacer política... a su manera.

Las intrincadas y sabrosas artes y ciencias ocultas del tapadismo cobraban de nueva cuenta carta de naturaleza y razón de ser de la alta política y valores cívicos que practicábamos los mexicanos con verdadera unción.

Los periodistas más avezados hacían cálculos y pronósticos dignos del más ilustrado politólogo, verdaderos ejercicios de raciocinio, erudición, conocimiento y agudo análisis de la cosa pública. Un frenesí cívico se apoderaba de la nación. El tema de conversación en cafés, cantinas y reuniones sociales no podría ser otro: ¿quién será el tapado? El país daba una muestra al mundo de su madurez política: la alternancia pacífica, ordenada y civilizada estaba plenamente garantizada.

El ciclo sexenal estaba a punto de cerrarse y cumplirse en el tránsito ritual que se abría con el destape del ungido que prefiguraba el inicio de una nueva era. El Señor Candidato del Partido de las grandes mayorías se convertía en omnipresente icono nacional de igual tamaño y al lado del hasta entonces icono mayor, el mismísimo Señor Presidente, expuestos como los grandes retratos de Marx y Engels en las plazas de la revolución de los países comunistas en pleno 1° de mayo. ¡Faltaba más!

El país entero se tapizaba de retratos del sonriente candidato y de propaganda tricolor, hasta la más remota aldea era presa del cívico frenesí y esperaba ansiosa el paso del candidato y su comitiva con un enorme pliego de peticiones, vestida con sus mejores galas y lista para masivos mítines y comilonas triunfales que ya tenían organizados.

¡Dos de octubre no se olvida! Halcones de Corpus, tercermundismo, populismo estatizador y devaluación, administración de la abundancia, caída en picada del petróleo, defensa del peso como un perro y más devaluaciones, pusieron en bancarrota no sólo al gobierno sino al Estado entero sumido en una cruda que se ha intentado curar con otras borracheras que han deparado más crudas.

Sin dinero, no baila el perro, más bien muerde. Se acabaron los subsidios, las prebendas, los chayotes, exenciones y metálicos apapachos, ya no hay aviadores, ni aviones donde volar, ya no hay cajas chicas o quedaron muy mermadas, líderes y capos tendrán que acostumbrarse a magras tajadas y repartir de ahí, al partido le partieron sus hasta entonces generosas dosis de gasolina gubernamental y tendrá que vérselas solo.

Sueldos y salarios a los suelos fueron a dar, plazas y puestos se esfumaron en el aire enrarecido por la cruda austeridad. Apretarse el cinturón fue la consigna, sobre todo para quienes ni de cinturón disponían.

Y a pagar los platos rotos, la deuda eterna, la ineficiencia, y la corrupción, la borrachera y el relajó, las faraónicas e improductivas inversiones, la imprevisión y la estulticia, la temeridad y la frivolidad. Es una factura, muy, muy grande, a la que se ha sumado el billonario rescate estadounidense sin el cual hubiéramos quebrado irremediabilmente y llevado de paso el sistema financiero. El efecto tequila lo han llamado.

Y llegados estos tristes y recurrentes momentos, nadie fue en su turno. ¡Fue Echeverría! ¡Fue López Portillo! ¡Fue de la Madrid! ¡Fue el malvado Salinas! Es el perverso PRI quien así nos ha tenido. Ya que todos y cada uno de ellos, como el partido (ya con minúsculas), actuaron solos, sin ningún respaldo ni apoyo.

Es como dice un actual candidato a la gubernatura de Veracruz que recientemente renunció al PRI y que curiosamente no fue aceptado en el PRD, por lo que tuvo que afiliarse a un partido pequeño: yo nunca fui salinista. Salvo unos pequeños detalles como el de haber sido, primero, procurador general de Justicia del Distrito Federal y, después, en el mismo sexenio de Salinas (mera coincidencia, desde luego), procurador general de Justicia de la República, cosa por lo demás accidental y menor, naturalmente que no podemos dudar de su palabra.

Nadie fue salinista. No lo conozco, ni siquiera lo he visto en mi vida, menos intercambiado palabra alguna con Salinas. Y a Raúl, ¡menos! Que lo refundan en el bote. ¿Priista yo? Ni lo mande Dios. En mi casa votamos todos por Cárdenas. En la mía también, en Las Lomas, en Polanco, en Iztapalapa y en Magdalena Contreras, todos votamos por Cuauh, es nuestro líder moral. Ahora sí le dimos en la madre al PRI y a todos los corruptos.

La única forma de cambiar, de transformar al país y tener democracia es exterminando al PRI. ¡Ese es el requisito sine qua non! Y nosotros, los mexicanos, seguiremos igual, fieles a nosotros mismos, a nuestra idiosincrasia, ¡tan nuestra!; seguiremos explotando a nuestros empleados, despreciando a los nacos, aplicando el más férreo autoritarismo con nuestros subordinados y en nuestra casa y escuelas, los pobres igualde sumisos, los indios con su misma fatalidad e inercia (usos y costumbres), prensa y medios renovando vicios ¡Ya cállate porque empezó el Mundial!

Seguiremos tirando basura indiscriminadamente, contaminando alegremente, incendiando montes, haciendo trampas, estafando, incumpliendo compromisos, pasándonos los altos, pagando mordidas para evitar colas y trámites o para lograr beneficios indebidos, absteniéndonos de votar o de participar activa y responsablemente en política, seguiremos peleando como perros y gatos en el Congreso y soñando que construiremos la transición democrática a base de minar y destruir cualquier intento o principio de consensos básicos que nos permitan pactarla y realizarla. Igual hacemos con la paz en Chiapas.

Pero, yo no fui, fue Teté, pégale, pégale con el pie